

son obras de infinito precio; pero tambien observamos que en el rigor de su justicia Dios ha prescrito el cruento sacrificio de nuestro divino Salvador, y que este ha sido obediente hasta morir crucificado. Ciertamente no tenemos derecho á censurar la severidad de una reparacion semejante, porque el Señor ofendido era dueño de aceptarla y de sujetarla á las condiciones que le plugo imponer; pero podemos presumir que exigió la efusion de la sangre de su Hijo para dar á entender al hombre cuán grande y terrible es la Majestad divina, como tambien para obligarle para siempre á reconocer y amar al que lavó sus pecados en su propia sangre. *Qui dilexit nos, et lavit nos à peccatis in sanguine suo.* (Apoc. 1).

CONFERENCIA VI.

LA REVELACION.

EL TEÓL. Hoy daré principio á la conferencia proponiendo el asunto de que vamos á tratar. Tal es la revelacion. Ya yo sé que admitís la revelacion, y por esto he hablado de nuestros misterios sin indicar los medios de que ha podido valerse el hombre para conocerlos y aceptarlos; pero ¿creéis acaso que esta cuestion pueda reportaros alguna utilidad?

EL DR. Estoy plenamente convencido de la existencia de la revelacion; pero no habiendo examinado nunca detenidamente los motivos de esta conviccion, confieso que con dificultad podria expresar claramente mis ideas sobre este punto. Así no dejan de parecerme muy importantes las explicaciones que me proponeis, y desearia que dierais principio á ellas por la palabra *revelacion*.

EL TEÓL. Considerada esta palabra en su sentido mas lato, significa toda comunicacion intelectual y moral hecha por Dios á una criatura inteligente. En este concepto podriamos calificar de revelacion el conocimiento de la ley natural que ha grabado el Señor en nuestras almas, pues es evidente que proceden del Señor.

EL DR. ¿Sabemos acaso de qué modo se hizo la primera comunicacion de estas leyes naturales?

EL TEÓL. Lo mas probable, á mi juicio, es que se hizo por *impresion*, es decir, que Dios la grabó en el alma de nuestros primeros padres, pero sin sujetarlos, como á nosotros, á una infancia intel-

tual; porque habiéndolos creado como existimos ahora en la edad madura, Dios habia desarrollado súbitamente en ellos y de una manera mas extensa los conocimientos que adquirimos por grados y no sin muchas dificultades.

EL DR. Pero ¿tambien se comunican estos conocimientos á sus descendientes por medio de una impresion?

EL TEÓL. Tengo para mí que Dios imprime el gérmen de las ideas intelectuales y de las leyes morales en las almas que crea, de manera que este gérmen se va desarrollando insensiblemente por las relaciones del hijo con sus padres y con los otros hombres.

EL DR. ¿Y por qué no hemos de suponer que todas las ideas del hombre proceden de las comunicaciones que tiene con sus semejantes?

EL TEÓL. Así se supone en ciertos sistemas filosóficos; pero fácilmente concibiréis que no es probable que nuestra alma, hecha á imagen de Dios, tenga una espiritualidad *pura...* y luego si en el alma del niño no hubiese *à priori* el gérmen de nuestros conocimientos, ¿seria posible depositar en ella, como en una cajita, las ideas simples, los principios del raciocinio, las ideas generales, las nociones del bien y del mal? Por mas esfuerzos que se hicieran, nadie podria formar con recursos exteriores una conciencia como se hace un reloj.

EL DR. ¿Dios ha establecido acaso para el hombre otras comunicaciones?

EL TEÓL. Las hay de una especie diferente que pertenecen á la revelacion propiamente dicha. Por su medio da Dios á conocer al hombre ciertas verdades y deberes sin necesidad de ejercitar su inteligencia ni de hacer uso de las comunicaciones ordinarias con sus semejantes. En este último modo Dios se contrae á imprimir en el alma el gérmen de las ideas, para que se desarrolle en seguida por medio de las relaciones con los hombres; pero la revelacion es la manifestacion de una verdad ó de un precepto comunicado al hombre de una manera extraordinaria. Unas veces esta manifestacion se hace directamente al que es objeto de ella; otras veces se hace á una persona particular, con orden de que la comunique, y no creo que disputeis á Dios el poder de hacer al hombre revelaciones semejantes.

EL DR. La dificultad consiste en saber si las hay, dicen muchos; pues habiendo concedido todos los conocimientos naturales á nuestros primeros padres, Dios imprime su gérmen en sus descendientes, para que se desarrolle en seguida por medio de las relaciones con sus semejantes. Parece por tanto que no hay necesidad de nuevas comunicaciones.

EL TEÓL. No procede con exactitud el que contrae á la ley natural las comunicaciones hechas á nuestros primeros padres. Dios les manifestó el precepto positivo que debían observar, les puso de manifiesto la sancion inherente á este precepto, les hizo nuevas comunicaciones despues del pecado para echarles en rostro su inobediencia y para imponerles el condigno castigo, y tambien les dió á conocer el perdon que se dignaba otorgar, las condiciones y el culto que les imponia, porque el nuevo estado del hombre debió acarrear nuevas relaciones de parte de Dios, á fin de indicar á los culpables los medios sobrenaturales que podian reconciliarlas con el Criador y mantenerlas en su amistad.

EL DR. ¿Hubo por ventura nuevas revelaciones en lo sucesivo?

EL TEÓL. El Señor se ha dignado reiterarlas muchas veces para renovar en el alma del hombre los conocimientos morales oscurecidos por las pasiones, y para determinar el culto que de él exigia. Mas adelante examinaremos estas comunicaciones en nuestras conferencias sobre el Decálogo: así nos limitaremos por ahora á decir algunas palabras sobre la revelacion de nuestros misterios. No ignorais la resolucion con que se dice en el día, como se decia en el siglo pasado, que para el hombre no hay misterios, porque Dios no puede imponerlos á sus creencias; de suerte que la criatura se atreve á poner límites á las comunicaciones del Criador, como si Dios en su saber infinito no conociese ninguna verdad superior á nuestra inteligencia ó que no tuviese los medios oportunos para manifestarla. ¡Pretension ciertamente muy humilde de parte del hombre! ¡juzgarlo y comprenderlo todo! ¡Qué no hay para él misterio alguno! ¡Lástima que no pueda invocar la experiencia como un testimonio de sus comprensiones y de sus ciencias universales! Dígase sino cuál es el elemento cuya naturaleza y propiedades se conozcan á fondo; que se nos explique en qué consiste el espíritu y el íntimo lazo que le une en el hombre á unos órganos materiales.

EL DR. Corriente; pero por lo menos puede demostrarse su posibilidad, al paso que debemos afirmar que los misterios son imposibles, á falta de una demostracion semejante.

EL TEÓL. Sin duda conoceis la posibilidad de dicha union por su existencia; pero no la comprendéis ni demostraréis, la posibilidad que envuelve en sí misma, ni menos podréis jamás explicar el cómo de union tan misteriosa, averiguando los principios que la constituyan. Por tanto, si os veis en la necesidad de confesar que no comprendéis en sus principios constitutivos la posibilidad de tantas cosas como

dais por sentadas, ¿cómo podréis exigir la demostracion intrínseca de la posibilidad de los misterios? ¿Con qué derecho asegurais que los misterios son imposibles, si no tenéis esa demostracion?

EL DR. Aunque no se comprenda la posibilidad intrínseca de una cosa, puede admitirse, por el hecho mismo de su existencia; pero cuando se trata de los misterios que aun ignoro y que aspiro á conocer, empiezo por examinar si son posibles, y concluyo negativamente, si no se me alcanza claramente esta posibilidad.

EL TEÓL. Echando por esta senda, acabaréis por caer en un escepticismo absoluto sobre muchos objetos cuya existencia importa conocer. El único medio racional de conseguirlo de una manera cierta consiste en el exámen de las pruebas extrínsecas que pueden convencernos de su realidad: así, por lo que hace á los misterios de que tratamos, es preciso averiguar si han sido revelados, si los testimonios que se alegan en favor de esta revelacion están revestidos de los caracteres necesarios de credibilidad para dar por sentado un hecho importante. Por este método fácil y sencillo cualquier hombre dotado de juicio recto llegará al conocimiento de la revelacion, y para ser consiguiente deberá aceptarlo como un hecho indivisible, sin distincion alguna entre los preceptos y los misterios. En cuanto se hace oír la voz de Dios, el hombre, ayudado de la gracia, debe creer y obedecer.

EL DR. Pero si los misterios no son otra cosa que palabras vacías de sentido, segun afirman algunos hombres inteligentes y partidarios del verdadero Cristianismo, ¿cómo pueden ser objeto de una revelacion divina?

EL TEÓL. Comenzad por examinar si estos misterios han sido revelados, diré á los hombres de quienes hablais; si estos misterios no han sido objeto de las revelaciones divinas; ninguna importancia tendrá la razon que aducís sobre su vaciedad; pero si llegais á adquirir la certidumbre de que han sido revelados, deberéis juzgar de distinta manera. Acaso no conoceréis desde luego la extension ó la utilidad de una revelacion semejante; pero por respeto al Criador deberéis presumir que Dios no manifiesta al hombre cosas inútiles ó palabras vacías de sentido.

Ya que provocais esta cuestion, echemos una rápida ojeada á los misterios del Cristianismo, y veamos si estos misterios son palabras vacías de sentido, si es que no ejerzan en el hombre ningun influjo. ¿Qué es lo que pensais del pecado original y de su misteriosa transmision á los descendientes de Adán? Si no fuera la revelacion, acaso

sospecharíamos vagamente cierto castigo merecido, y no sé si llegaríamos á concebir la idea de una verdadera transmision de este pecado; pero Dios nos ha dado á conocer por medio de sus revelaciones la falta y sus consecuencias, aunque sin explicarnos el modo de comunicacion, y ¿por ventura es esto una palabra vacía de sentido? ¿Acaso no es para nosotros una satisfaccion de curiosidad al menos el hecho de saber lo que éramos al principio y lo que nos ha hecho posteriormente una inobediencia? Pero este conocimiento adquiere mayor importancia y gravedad cuando tambien sabemos por la misma revelacion la necesidad y el medio de remediar la desgracia de nuestro origen; pues entonces la manifestacion del misterio ejerce notable influjo en el ánimo de los padres, para que pongan á los hijos á cubierto de una mancha que los privaria de la vista de Dios si en este estado los acometiera la muerte. No se nos oculta tampoco cuánto puede contribuir el conocimiento de nuestra miseria natural á hacernos humildes y agradecidos al Señor, que por su misericordia infinita se ha dignado librarnos de ella.

EL DR. Sin embargo cuando se dice que los misterios son palabras vacías de sentido é incapaces de influir en las costumbres, se alude particularmente á la Trinidad, á la Encarnacion y á la Eucaristía.

EL TEÓL. No andan muy acertados los que hacen una eleccion semejante, pues basta con algunas consideraciones para convencerse de lo contrario. Aun considerando la Trinidad de Dios tan solo bajo un aspecto filosófico, los Platónicos sostienen que entre las glorias de su maestro se cuenta la de haber encumbrado las investigaciones de su ingenio hasta el punto de descubrir la Trinidad en la naturaleza divina, y aun suponen que el Cristianismo ha tomado de la filosofia esta idea de Dios.

No cumple á nuestro propósito juzgar de la trinidad platónica, ni investigar si los Padres de la Iglesia han prohibido este sublime invento del filósofo griego: únicamente nos contraemos á manifestar que no debe de ser tan vacía de sentido la palabra *trinidad*, cuando derrama tanta luz sobre la auréola del divino Platon. Este parecer concuerda perfectamente con vuestras propias palabras, que son una estimacion muy justa de este misterio: todo está enlazado, deciais no hace mucho, todo está coordinado de una manera admirable en la trinidad, comprendida segun la creencia católica.

No es maravilla que los profanos á las doctrinas del Cristianismo no alcancen la utilidad de la revelacion de este dogma, ni el influjo

que ejerce en las costumbres, pues no es posible que comprendan que este misterio es la base de la religion cristiana, de suerte que si no le conociéramos, la doctrina del Cristianismo seria una confusion y un verdadero caos.

El Evangelio seria entonces inexplicable, como que es la palabra y la historia del Hijo de Dios, de cuya existencia no tendríamos conocimiento, al paso que su moral seria no solamente una doctrina filosófica sin autoridad ninguna, sino que tambien se nos haria sospechosa por los títulos de Hijo de Dios, de igual á Dios y aun de Dios que se atribuye el Cristo al anunciarle á los hombres. ¿Qué será este espíritu de que habla con tanta frecuencia? Unas veces dice que es enviado por el Padre, otras veces por el Hijo, es decir, por sí mismo, cuya naturaleza es para nosotros un enigma; pero con el conocimiento de la santísima Trinidad no hay confusion en el Cristianismo ni contradiccion en el Evangelio, pues por su medio podemos explicar por qué Jesucristo se dice igual á Dios, porque manda al Padre que le adoren los mismos Ángeles. Tambien podemos explicar lo que tantas veces refiere la Escritura del Padre y del Espíritu Santo, y por consiguiente debemos reconocer en la Trinidad la base esencial de la religion cristiana. El que ignora este dogma, hace inexplicable y peligrosa la Religion, el que le rechaza ó le destruye, echa tambien por tierra la Religion y los inmensos beneficios que está derramando sobre la tierra.

Tambien se concibe que este dogma no deja de influir especialmente en las costumbres, porque la revelacion que nos lo da á conocer nos anuncia al mismo tiempo lo que debemos á cada una de las personas de la santísima Trinidad. Nuestros libros y símbolos nos enseñan que el Padre omnipotente es el Criador del cielo y de la tierra, y que le debemos como una consagracion de los dones naturales que hemos recibido de su bondad: tambien nos dicen que amó al hombre hasta el punto de dar á su Hijo único como una víctima propiciatoria. Este Hijo divino, la segunda persona de la santísima Trinidad, se hizo hombre para ser nuestro medianero, y derramó su sangre para rescatarnos. El Espíritu Santo viene á santificarnos, nos colma de celestiales dones, nos ilumina, nos fortifica, nos enseña á orar, ruega con nosotros, y nos consuela en medio de nuestras miserias y de nuestras aflicciones. El recuerdo de tantos beneficios inspira al cristiano un profundo sentimiento de amor y de gratitud, y además de expresarlo en sí mismo, lo manifiesta por medio de frecuentes invocaciones de la santísima Trinidad. Tambien

se siente inclinado el cristiano á pronunciar con frecuencia los sagrados nombres de las personas divinas, formando la señal de la cruz como un testimonio visible de su consagracion al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo y de su confianza absoluta en la adorable Trinidad. De aquí procede igualmente la doxologia tan célebre en la Iglesia: Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo, que es el admirable resumen de la fe y del culto cristiano; de manera que léjos de ser vano y estéril para las costumbres y para la conducta del discípulo de Jesucristo el conocimiento de este misterio, le hace mejor, mas digno y mas santo, pues le induce á honrar al Padre creador por el mas noble uso de los dones naturales que de su bondad ha recibido, al Hijo Redentor por el fiel cumplimiento de los deberes que le ha impuesto, y al Espíritu santificador por la docilidad con que sigue sus santas y saludables inspiraciones.

Si preguntais á un niño lo que significa la encarnacion, responderá: Es el misterio del Hijo de Dios hecho hombre; por donde se ve que no es una palabra vacía de sentido, como que nos da la idea de la naturaleza divina y de la naturaleza humana unidas en la persona del Hijo de Dios. Por lo demás, el Cristianismo ha comprendido por espacio de diez y ocho siglos la significacion de este término sagrado, creyendo con veneracion y con amor el misterio que expresa: así es preciso reconocer la presuntuosa temeridad de los que califican desdeñosamente de palabra *vacía de sentido* la que está en posesion de un culto tan antiguo, tan puro y tan universal entre los pueblos mas avanzados en la carrera de la civilizacion.

No hay necesidad de largas explicaciones para caracterizar el influjo de la encarnacion; pues este dogma resume al propio tiempo la santidad de Dios, su terrible justicia y su misericordiosa bondad con el hombre culpable. ¿Quién puede pronunciar sin emocion estas palabras del símbolo: «El Hijo de Dios, el esplendor del Padre, Dios de Dios, se ha encarnado en el seno de María, dignándose hacerse hombre para salvarnos?» *Se anonadó á sí mismo, tomando la forma ó naturaleza de siervo, hecho semejante á los demás hombres y reducido á la condicion de hombre*¹.

Sigue á la encarnacion el dogma de la redencion verificada por las afrentas, los tormentos y la muerte del Salvador. ¿Seria posible por consiguiente que este término fuese tambien vacío de sentido y de todo punto estéril? Preguntad á los millones de discípulos de Jesucristo, derramados por el mundo, y oiréis un grito solemne de acciones

¹ Philip. II.

de gracias y de adoracion al divino Medianero que los ha rescatado. ¿Qué no puede decirse del influjo de estos misterios que inducen al hombre á las mas heroicas virtudes? Tan cierto es que los ejemplos y la gracia de Jesús le hacen estas virtudes fáciles, familiares y preciosas! Ni debe omitirse que no son estas las virtudes ambiciosas que á veces admiraba el mundo pagano, sino la humildad sin bajeza ni pusilanimidad, la mansedumbre, la castidad, la paciencia, el olvido de las injurias, el perdon de los enemigos y la caridad con todos los hombres, porque el Cristo se encarnó y murió para rescatarlos á todos.

Los que con tanto desden y ligereza califican á nuestros misterios, prodigan su admiracion y reconocimiento á la filosofia, considerándola como la bienhechora de la humanidad, como el consuelo que sentimos con mas eficacia en medio de las miserias de la vida; mas para apreciar en su justo valor los resultados del influjo filosófico sobre la desgracia, es preciso que penetren con nosotros en la vivienda del pobre, que vayan á visitar al enfermo y asistir á la agonía del moribundo, que prueben á introducir la resignacion y la calma en el corazon de los afligidos á fuerza de disertaciones sobre el destino, sobre el Ser supremo y sobre el estóico desprecio del dolor. Nosotros, ministros de Jesús crucificado, no harémos ciertamente prolijos discursos, que tampoco serian oportunos; presentaremos el signo de la redencion, la cruz; y los corazones desolados se restituirán inmediatamente á la paz y á la paciencia, concluyendo casi siempre por saborear la dicha del sacrificio, de las lágrimas y del sufrimiento; porque el privilegio de la Religion de Jesucristo no consiste precisamente en obtener la resignacion, sino en inspirar el amor y aun el deseo de la afliccion y del dolor. Me detengo en estas consideraciones sobre la Trinidad y la Encarnacion, sin hablaros de la Eucaristía, que tambien se considera como una palabra *vacía de sentido*, como una práctica de ninguna importancia para las costumbres. Reservando este punto para su lugar oportuno, debemos asegurar que este dogma es suficiente por sí solo para inspirar al hombre todas las perfecciones sociales y religiosas que puedan imaginarse.

EL DR. Los buenos resultados de que hablais serian iguales para todos los hombres, si cada uno de ellos fuese libre de rechazar ó de admitir estos misterios. Así no se alcanza todavía muy claramente por qué razon nos impone Dios su creencia.

EL TEÓL. Podríamos contentarnos con responder que la impone, porque tal es su voluntad, de la que no debe ninguna cuenta á la criatura; pero no dejamos de tener algunas razones que acaso nos

explican por que el Señor exige de nosotros la creencia de los misterios. En primer lugar puede decirse, como acabamos de ver, que estos misterios entran en la esencia misma del Cristianismo; de suerte que con solo rechazarlos; la moral del Evangelio, que es lo único que quisiera conservarse, pierde el imperio que ejerce sobre las inteligencias y sobre los corazones. Para evitar la incertidumbre, el peligro de la idolatría y los graves inconvenientes que hemos indicado antes, es preciso descender á la ley natural; pero cuando examináremos la necesidad de la fe cristiana, espero daros á entender por qué razon es indispensable para aplicarnos el beneficio de la redencion. Entonces veréis que la fe cristiana es el primer vínculo que nos une á Dios, á nuestro divino medianero y al principio de nuestras acciones sobrenaturales. Á estas consideraciones relativas á los misterios añadiré la que presentaba Fenelon á Mr. de Ramsay:

«¿Por ventura la verdadera Religion no encumbra y abate al hombre, mostrándole al propio tiempo su grandeza y su debilidad? Todavía no tenéis una idea asaz extensa del Cristianismo, pues este no solamente es una ley que purifica el corazon, sino tambien una sabiduría misteriosa que avasalla la inteligencia, ó sea, un sacrificio continuo de todo nuestro ser en homenaje á la soberana razon. El que practica su moral, renuncia los placeres por amor á la suprema belleza; el que cree en sus misterios, inmolá sus ideas por respeto á la verdad eterna, y sin este doble sacrificio de las ideas y de las pasiones el holocausto queda imperfecto, defectuosa nuestra víctima. Por este medio desaparece y se disipa el hombre por entero ante el ser de los seres. No se trata de examinar si es necesario que Dios nos revele misterios para humillar la soberbia de nuestro entendimiento, sino de saber si los ha revelado ó dejado de revelarlos; porque desde el punto en que sepamos que Dios ha hablado á su criatura, la obediencia y el amor son inseparables. El Cristianismo es un hecho; pero pues ya no dudáis de las pruebas de este hecho, no podeis escoger lo que deba ó lo que no deba creerse. En cuánto se destierra de la inteligencia la presuncion, quedan desvanecidas todas las dificultades de que tantos ejemplos habeis citado, pues no hay inconveniente en creer que la profundidad de la naturaleza divina y de la conducta de su providencia es impenetrable á nuestra débil razon.» (*Conf. sobre la R.*)

EL DR. Habeis hablado de dos revelaciones, á saber, una que se hace directamente al que es objeto de ella, y otra que se hace á una persona encargada de transmitirla con arreglo á la órden de Dios.

Si al recibir las comunicaciones divinas, el mandatario fuese infalible y fiel en su mision, no habria inconveniente en admitir estas revelaciones, porque lo mismo tendria saberlas directa ó indirectamente; pero ¿quién puede asegurar que el que se supone ministro de Dios no está alucinado ó que no altera maliciosamente lo que debe comunicar á los hombres? Para evitar estos inconvenientes, no podeis menos de confesar que es mucho mas sencillo hacer revelaciones directas y personales.

EL TEÓL. Tampoco podeis menos de confesar por vuestra parte que Dios es muy libre en el modo de sus comunicaciones, y por consiguiente no tenemos derecho á discutir cuál es el modo preferible. Nuestros esfuerzos deben contraerse á investigar el modo que ha adoptado el Señor; pero tampoco creo que la revelacion individual hubiese evitado todos los inconvenientes, porque el hombre, tal cual actualmente le vemos, con su imaginacion, con su credulidad, con su amor propio y con sus pasiones, se hubiera hallado muy expuesto á considerar como revelaciones divinas las ilusiones de su fantasia y los deseos de su corazon.

Mas en la revelacion indirecta ¿quién puede asegurar que el que se supone ministro de Dios no está alucinado, ó que no altera maliciosamente lo que debe comunicar á los hombres? No faltan razones que os dejarán completamente satisfecho: vuestra creencia descansará sobre testimonios divinos, cuales son los milagros y las profecias.

CONFERENCIA VII.

LOS MILAGROS Y LAS PROFECÍAS.

EL DR. Ya que invocais la autoridad de los milagros y de las profecias en favor de la revelacion, bueno es observar que en el dia la hace muy sospechosa la escuela del naturalismo. No ignorais que muchos hombres instruidos no creen posible una verdadera certidumbre fundada en tales prodigios; de lo que debe inferirse que no los hay.

EL TEÓL. Tengo una satisfaccion en ver que podemos prescindir de la posibilidad del milagro y de las profecias, pues ni siquiera la indicais en vuestras observaciones. Difícil fuera ciertamente hallar una razon, siquiera especiosa, contra la posibilidad de semejantes